



ASCÍCULO

COLECCIÓN

DE OPÚSCULOS LITERARIOS TITULADOS

ALBORES

POR

Rafael Alemany Vidal



III.

(SIN OPCIÓN)

Alicante-Abril-1912

IMPRENTA «LA VOZ DE ALICANTE»
SAN FERNANDO, 4

54
215
60

Cl. 20797



ESCOLIO.

A LA publicación de antecesores cuadernos, no escribí prefacio alguno, ni lo necesitaban.

Era un prólogo de presentación lo que llevaba el primero. Anunciaba mi firma en el infinito de las Letras; y predecía de mí. El segundo apareció con muchas alabanzas, (no tantas como cuando un aviador afortunado llega á su *atterissage*), y el muy vanidoso así se mostraba con lo ajeno, esto es, con las opiniones de la prensa cortesana y de provincias, acerca del folleto primero.

Pero me consta que fueron leídos ambos, por bonitísimas niñas que vieron veinte primaveras sin salir de ella; tenían algunas de mis lectoras cabello color bronce, otras, rubio purísimo; las más, era negro castizo de esta tierra. Con ésto me hubiera saciado en recompensa ¡¡Para qué más!!... La ambición es de los grandes; sé que he de morir pequeño.

Pero como á significancia, la tengo; la nada no existe, es cosa increada, aún para la fantasía que todo lo acomete y trastorna, altera y combina.

Conocemos lo indefectible de cada acción
Hagamos alto; evitemos el más ligero divagar.

El objeto lógico es un ruego á la Crítica:

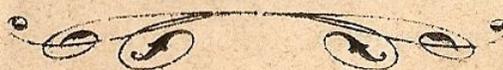
Que no juzgue mi trabajo como un indicio de personalidad literaria, como una forma originaria de mi espíritu.

Ni escribo lo que siento, ni lo que quiero; porque respecto á esta facultad psíquica, entorpecida por la abulia, pide sedienta, educación. Aquélla es en mí muy grande, quimérica, deslumbradora. Yo creo que todos llevamos y conocemos este increíble: Un sol muy grande en un corazón muy pequeño. Y parece que su luz venga desde muy lejos. Apenas sí nos conforta un poco sus irradiaciones, pues, tibio hálito alcanza, únicamente, á hacernos soñar... ¿Quién no ha visto en soledad, siquiera por un instante, en la dulce quietud, volar sus pensamientos—esos que á todos nos hacen felices—impulsados por la luz misteriosa de ese sol que los agita, al igual que el del día penetrando por resquicio de oscuro lugar, forma un obelisco luminoso de temblador polvillo dorado?

Quien descifra el secreto de su misterioso sentir, es genio de sí mismo; posée la clave para llegar á conocer el sentimiento ajeno, idealizando lo propio, que es lo humano.

|| Artista-genio, embellece la Vida!!

R. A. V.





LEJANÍAS

*«...No es cosa más propia de los
que aman, que la impaciencia: toda
tardanza les es tormento.»*

(LA CELESTINA)

DE la ciudad á la aldea donde se encontraba la famosísima moza, había cosa de una legua de camino; y aunque Leonardo anduvo una mitad de ella, parecía haber llegado á los cerros de Úbeda á juzgar por la impaciencia devoradora de su codiciado anhelo.

El sol subía lentamente desde el círculo del horizonte, inundando con sus célicos resplandores la húmeda superficie terrestre.

Una patrulla de picapedreros, con sus voces y palmoteos, interrumpieron el silencio del sosegado camino, marchando en dirección opuesta á la que andaba Leonardo. En sus rostros dibujabase el temperamento de su acostumbrado madrugar, ostentando en su siniestro brazo el cesto donde incluían su manutención.

Uno de ellos, con voz ronca, pero potente, entonó la conocida canción:

«Madre lléveme *usté* al puente
á ver los picapedreros...»

que abstraigo por un momento de sus preocupaciones á Leonardo; el cual, un tanto amostazado, alentó sus pasos y con ellos su impaciencia, sin advertir el saludo para aquella turba de trabajadores; los cuales, quedaron admirados tanto de su aspecto y afectación, como de su impolítica y rareza.

Prosiguieron su cotidiana expedición ocultándose poco á poco por la pendiente de la emprendida carretera.

A poco tiempo percibió en sus oídos, los retortijos y guzláticos gorjeos de los matinales ruiseñores que, asaltando un marchito árbol, solícitos se procuraban aglomerar pajitas para la construcción de nidos.

Apenas las tiernas avcillas entrevieron la silueta del caminante, extendieron sus alas remontándose por el aire luminoso hasta ocultarse tras la remota arboleda. Nuevamente fué interrumpido Leonardo y al levantar sus garzos ojos hácia el celeste, para admirar la copiosa bandada de alados, divisó de la aldea donde afanoso marchaba, la diminuta torrecilla de la ermita en la cual pendían las fuliginosas campanas.

Luego, más cerca, hirió su vista, un carricoche que trayecticiaba una vieja mula entrepelada y escualida, conduciendo á un pacífico y cómodo patrístico que regresaba de la ermita del lugar.

Al sorprenderse ante la figura de Leonardo, tiró de la soga á su hambrienta caballería, la cual, más bién por servirse el descanso, que por obediencia, paróse.

Entonces, exclamó el patrístico en alta voz: «¡Alabada sea la claridad de este día que me permite reconocer á mi antiguo camarada! — Y diciendo y haciendo, se apeó del desvencijado vehículo y se precipitó por adelantarle el abrazo. No tardó otro tanto Leonardo en reconocer aquel su buen amigo y cogiéndole de ambas manos exhaló un profundo suspiro impregnado de recuerdos y tristezas. Tras de breves palabras, preguntóle el patrístico qué es lo que le hacía caminar tan de mañana por estos lares y de tal modo dispuesto, pues, á colegir por ello, no há lugar en el pensamiento que no sea para afirmar que de nuevo se andaba con sus entresijos y aventuras.

« No amigo mio! » respondió Leonardo: me apresuro con anhelo á la aldea próxima, donde he sabido despues de largo tiempo de infortunios, que reside la famosísima y rubia aldeana; aquél dechado de hermosura, envidia de todas las mozas y trastorno de todos los zagales. Confíesote mi buen Romualdo (que así se llamaba el patrístico), que año há tortura á mi corazón la pena de no hallarla, y anoche por fin, fe iz instante que colmó mi devaneo y agitó mi insaciable afán, supe que en esa su nativa aldea, de la cual regresáis, era la mansión dichosa de su residencia á la cual había vuelto después de algunos meses de ausencia

— ¿Es posible prosiguió Romualdo tras una carcajada burlona que

tú, pródigo amador y pleitista aventurero de impacientes dones, haya podido corregir y abrillantar mujer alguna por bellísima que sea, las fibras de tu hollado corazón?

— Sí, viejo amigo mío, —prorrumpió Leonardo llevándose las manos al rostro para enjugar dos lágrimas; — es mi postrimero ideal, ella es la única en verdad que bien he amado y seguiré idolatrando. Conocíla en las tradicionales fogatas de la noche de San Juan, con su sonrisa alegre y perlina, su juguetesca expresión, su garboso y rápido andar y su guzlática voz miriada de acariciadores y halagüeños pensamientos que, cual flechas eléctricas, zaherieron para siempre mi alma. No torné á verla, pero sí á soñarla; desde entonces en vano la he buscado, hasta hoy, feliz mañana, que al esclarecer el día, pienso servirme de sus fulgores para contemplar de su divino rostro la sin igual belleza. — Un suspiro lánguido, se escapó del pecho palpitante del mancebo; con el cual, dió final á su sentida peroración. Tal era la expresión de sus ojos y lo enternecido del tono que daba á sus palabras, que el patristico comprendió que por esta vez, estaba verdaderamente enamorado. No quiso interrogarle más y le insinuó despidiéndose después, para que prosiguiese su viaje...

.....La aldea estaba ya próxima.

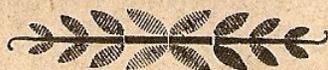
.....
.....
El sol que poco antes se mostraba límpido y fulgurante, es aprisionado por plumizas nubes que intercetan sus resplandores. La aldea se tiñe de sombra y melancolía. Un silencio profundo y misterioso sepulta á la alegría; y la algazara de los arroyos se trueca en tristeza y soledad. Un helor intenso se apodera del alma de Leonardo. El indeciso anhelo voltea su corazón. La duda se presenta á su imaginación en tumultuoso tropel de imágenes de contornos inquietos y zozobrantes... Las voces funerales que parten del interior de la ermita, extraen de su imaginación los trémulos embriones de su acelerada y triste fantasía... Se detuvo un momento para certificar lo que escuchaba, cuando las puertas del dístico se abrieron y lo iluminaron con la luz de amarillas velas que chisporroteaban en pequeña llama. Aquél fúnebre cortejo abría trecho entre sus dos hileras y mirándose los unos á los otros, se detuvieron. Por entre ellos, asómase inerte y postrada en su último lecho, el cuerpo de la hermosísima aldeana. La albu-
ra de su rostro lo adornaban sus enguedejados cabellos. Los mozos le dio

ron su último adiós bañado de lágrimas. Las mozas, que en su vida la envidiaban, estaban agitadas por indecible congoja y parecía que con sus lágrimas querían restituir la falta que les había motivado su pesar.

Un vértigo vehemente trastornó el cerebro y el corazón de Leonardo; y abriéndose paso por entre aquella fúnebre comitiva, se arroja al féretro, estampando un fuerte beso en la mortal mejilla de la que amaba... El cielo se cubre con enlutados crespones, del santuario se oyen los fúnebres acordes, y los mozos emprenden la marcha con pasos lentos, agobiosos... El alma de Leonardo exhala un suspiro profundo y yerto precursor de morir, mientras en el espacio se pierden á lo lejos, los melancólicos sonos de la campana. .

Rafael Hermano Vidal

(Publicado en *El Correo* de Alicante, núm. 3,094)



El falso título de humanos

Todos aquellos seres de los llamados racionales por excelencia, que se enseñoreen victoriosamente de ostentar el título de Reyes de la Creación, como poseídos de supremacía natural sobre los de distinta especie ó animalidad inferior, tienden egoistamente á desdeñar ó impugnar toda verdad, que prueba claramente lo absurdo de ese falaz galardón que ellos mismos se han otorgado, tan inmerecido como malamente intitulado.

Las Sagradas escrituras nos dicen que la obra de la Creación comprende el Cielo y la Tierra, constituyendo una sublime unidad. Por Cielo, se entiende el espacio sin límites, inconcebible, la nada ocupando un lugar y franqueando amplitudes colosales á esas maravillas que llamamos astros, materia organizada ó informe que constituye el Universo ó Naturaleza, regido por fuerzas ignotas de la inteligencia humana.

De lo dicho se desprende que si el hombre es verdaderamente rey de la Creación tendrá para sus ilimitados dominios el don privilegiado de la ubicuidad mundana, y al igual que Dios, como aquel que todo lo ve sabríamos de las cosas extraterrestres con la misma facilidad que tomamos

noción de todo cuanto nos rodea, formando el medio natural y social, variando según la región del planeta en que moramos, nómada ó sedentariamente.

Por lo que atañe á mi teoría, no dejaré de consignar que juzgo como personas atávicas, las que después de reflexionar sobre este punto, muestren intransigencia y se vanaglorien de atarazar una verdad que como real y cierta es propiedad de nadie y por ende no pertenece su invención: tan solo la expongo al conocer de los ajenos, con la expresión de mi inteligencia, que, aunque muy deficiente, siempre dispuesta á probar que no me serví de ella con habilidad sofisticada, y sí con la sana intención de hacer abandonar de las mentes ideas tan absurda que llena de soberbia á los que la poseen; siendo los teólogos los primeros á quienes cuya misión de desvanecer el presente error debe importarles; pues con ello cumplen el sacerdoticio deber de reducir á humildad á estos falsos soberanos, cuya credulidad los eleva engreídamente á nivel de omnipotentes gobernantes del Universo. También se me pudiera decir con el afán de desterrar esta afirmación, que me separo ó dejo de considerar la relatividad de la expresión tal como la dan los que la usan en el sentido más restrictivo, refiriéndola solo á como cosa más perfecta de todas las creadas.

Si esto último se cree poderoso argumento para refutar el anterior, adicionando como prueba, que también los monarcas de los estados reinan sin residir simultáneamente en todas sus ciudades, puede rebatirse diciendo que nada hay en la Naturaleza que sea tan imperfecto como el sér humano mentalmente considerado. En él, la ambición se traduce por desvíos y el error es mucho más abundante que la verdad. La lucha por su existencia es marcadísimamente penosa. Cualquier otro sér, en su género de vida, hállese menos necesitado y en menor peligro que el hombre; la labor de éste se adiestra en el progreso, mientras que la de los animales es inmejorable; basta observar por ejemplo, que las abejas del presente siglo labran sus panales con la misma perfección que lo labraban las más remotas de que tenemos noticias.

Por otra parte, teniendo presente que la Naturaleza en sus evoluciones presenta variedad en los seres, dicho se está, que si por hoy, no aquí, en otro planeta de los muchos que pueblan la inmensidad del espacio, esa misma variedad puede haber alcanzado en un nuevo tipo racional de distinta ó análoga constitución al hombre, superior grado de acabamiento y perfec-

ción. No obstante de esta supuesta preponderancia mental, siempre su inteligencia será finita por ley axiomática de que la parte es menor que el todo á que pertenece, y como aquí el todo es infinito, nunca podrá aquella abarcar y conocer lo que es ilimitado é inmortal.

Por esto, mientras el astrónomo desde su observatorio escudriña lejanísimas regiones celestes con su poderosísimo telescopio, el filósofo, abismado en la idea de lo inconmensurable, ve empezarse el infinito allá donde acaba la potencia óptica de aquel aparato. Llamar, pues, Rey de la Creación al hombre, me parece una extravagancia nacida de un orgullo superior á nuestro poder, pues ni aún con las profundas miras que en aumento nos proporciona la sabiduría científica, podremos abarcar el sinnúmero de mundos que como caracteres indelebles de lo inconcebible y desconocido, habitan más allá de nuestros orbes.

Y para terminar, diré que, en profusión de tratados doctrinales de todas especies y de toda variedad de autores, *veo* al hombre abstracto (pues no puede ser de otra manera, si nó todos seríamos soberanos) elevado á la categoría de Rey. Moreno Espinosa, más comedido que los otros en llamarle soberano del planeta. A mí, tal vez me indignifique á Poderoso de majaderías; si juzgan lo antedicho como substancia ñoña é insulsa, sin más transcendentalismo que el de una nonada, olvidando sin duda que el germen de los grandes males, tienen por raíz común, hechos que por lo minuciosos muestran apariencia de inofensivos é insignificantes.

Rafael Alemany Vidal

(Publicado en *El Globo*, de Madrid, núm. 12.188.)



Hermosura de oro



(Cuento con esmaltes infantiles)

I.

¡ERES un hurafío, un tosco; en cuanto venga papá vas á purgar tus insolencias, y si en lo sucesivo no cambias de proceder y reprimes inmotivados malhumores, sufrirás sin cordura tus desenfrenos con un castigo muy grave! — Estas fueron las últimas palabras que resonaron en

los oídos de Pascualito, pronunciadas por mamá que, airada, marcaba en su acalorado rostro un gesto amenazador que imponía sumisión, mientras que él, sentado en la butaca de rejilla, con la cabeza inmóvil y los ojos en declive, resignaba sus ímpetus, sin que por sus frías mejillas rodase una sola lágrima.

Ocurrió el caso á la retirada de paseo; porque es de advertir, que toda la tarde la tenía que haber pasado en compañía de sus amigos que, en la cercanía del campo, se proponían celebrar merienda y elevar cometas festivos y cromáticos serpenteando largas colas de retales...

Pero Pascualito revocó su palabra, cuando contempló deslizarse ante su vista, una esbelta amazona, vistosa en hermosura, que humillaba á la nieve con su rostro hechizador; y en sus mejillas, dos rosas ardían al influjo del rayo solar; esfumado por la fulgurante claridad de sus ojos de odalisca.

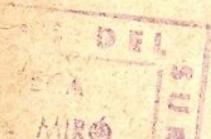
Con avezada destreza manejaba las bridas de un arrogante y brioso ejemplar de caballo árabe impoluto, blanco como el armiño, que mantenía en su arqueado cuello, erguida cabeza con tupida cabellera leonada, que ondula á los movimientos majestuosos, cuando se encabrita y relinchando, cubre de blanca espuma el freno plateado...

Pascualito sintió un inesperado placer, y de lo más recóndito de su alma, al rocío del sentimiento, comenzaron á germinar las flores de la esperanza, más tarde, laboradas por la dicha, fulgurau una diadema que, cual murallas de luz cegadora, impedirán que la mano traidora del presente pueda ver y cercenar esas flores de esperanza, cuyo perfume creciente se dilata en ondas invisibles hacia el porvenir, que pinta en su imaginación el hada infantil de las ilusiones con su pincel secreto y espiritual, y su fantástica paleta, de donde toman color las bellísimas mariposas y los peces de los ríos.

Siempre ha sido el sentimiento del momento, resumen del pasado, fácilmente se comprende ahora la motivada amonestación de la mamá de Pascualito; de la bondadosa y virtuosísima D.^a Leonor que sentía como propias las penas de su único hijo idolatrado, y mostrábase diligente en averiguar cual fuera la causa que delataba el rostro torvo y silencioso de Pascualito, que había dado por consecuencia la despectiva y abnueve conducta mostrada á las hijas de una amiga señora, visita frecuentísima y afable.

En otras ocasiones departía sus coloquios infantiles con una de las antedichas niñas, — Margarita — y con alentadoras palabras le prometió ser su novio siempre, regalarle caramelos, y escribirle cartas amorosas que ella escondía tímida y calladita en la boca-manga de su blusita de marinera.

Empero Margarita de índole dulce y sensible corazón, lloraba todas las noches en la cabecera de su lecho, como Graciela á orillas de la mar sonora, y contemplando con éxtasis místico el cuadro de la lunaculada de



«Murillo», pedía perdones elementes, creyendo que era pecado adorar con tanto cariño en su pequeña edad.

Para Pascualito era todo lo contrario, por el tiempo, se hizo irresistible á su deseo... á sus ideales .. él, la soñaba robusta, de elocuencia intencional, de mirada penetrante, de soberanos relieves capaces de hacerle gozar con su presencia y sobre todo, que dejase admirar una blancura perfecta en el pecho semi descubierto, como el busto de la diosa Venus ó la esfinge de Juno que él había visto en un museo de estatuaria.

Pero su loco pensamiento prematuro todo lo ha olvidado; la augusta amazona le inspira ambición quimérica, deslumbradora, como la luz del engastado diamante en la aquilatada sortija de maravillosa orfebrería, que presta incentivo realce á sus manos de marfil; manos que en sus ensueños de oro abrumba con besos sonoros y abundantes, y trayéndolas á su corazón acelera los latidos, dejándolas caer suavemente sobre un misterioso cendal; mullido con albos vellones, y luego, acullá, en una alucinante coquedad aparecía en pedestal de azuladas nubes multiformes, Margarita, contristada y llorosa, enjugando con su blondo pelo las lágrimas que irizadas por una luz misteriosa, se descomponían en dolorientes flechas, que saliendo de sus enturbiados ojos dirigíanse á los suyos...

Cual purpúrea película de desconocido cinematógrafo, representábasele ante su vista los desprecios que hizo á Margarita aquella noche que regresó de la supuesta merienda; después, el gesto amenazador de su justísima mamá que imponíale sumisión.

Luego, más tarde, por el espacio, una mano invisible le mostraba una moneda de oro por el anverso que, magestuosa paseaba el busto del soberano simultáneamente que un eco repetíale con sorna el estribillo rimado en su insoportable pesadilla.

Intrépido amante
de bella marquesa,
que pide constante
la dicha que besa
su beso de amante
De su rico tesoro,
su amor y sus prendas,
con llanto sonoro
en vano pretendas,

sin tener tesoro
Tu niñez exime
amarte á desdoro,
tus ansias reprime
Si no tienes oro,
de oírte se exime...
Que á su hermosura solo
cautivarla puede el oro.

.....
Y era en verdad, aquella beldad de diosa humana, solo podía corresponder á un amor de su linaje de su porte, de sus aspiraciones. ¡Pobre Pascualito! Su insólita pasión está alumbrada por los albores de una ilusión que no llegará á ver realizada .. la de poseer oro... á su edad y condición sería desvarío pretender tan solo imaginarlo.

Empero después de un prudente raciocinio, deduce que el brillo y la ostentación son cosa secundaria, que el verdadero amor fuerte y sublime

como él le poseía en su corazón, vencería los obstáculos más invencibles, y alienado por ímpetus internos, orienta su pensamiento, decidiendo su voluntad á presentarse por un medio tan asequible como expuesto, ante los ojos de la Marquesita, en la misma tarde del día que pasaba, pues sabía muy bien que celebraba la festividad de sus días, en los suntuosos salones de su magna morada.

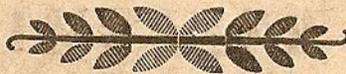
III

Pascualito se hizo pasar ante los ojos de la servidumbre del palacio, como un sobrino de algun gran caballero, y precipitándose abrió la cancela de entrada sin previo aviso ni presentación alguna, é internándose adentro, quedó asombrado por instante, al contemplar todo aquel egregio mobiliario que se destacaba entre los tonos claros del salón y pavimento de la riquísima alfombra carmesí. A no ser él, otro hubiese quedado atónito perpetuo; pero su decisivo deseo no le dejó ápice de tiempo alguno, para apercibirse de aquel atuendo, verdadero derroche de luz y de joyas... de aquellas doradas bacantes en relieve sobre los tapices filtrados por el perfume que de las hornacinas exhalan las flores en las jardineras.

Sin más esfuerzo que el de atravesar por entre las damas y caballeros entregados á las vertiginosas vueltas del vals y á los acordes de pomposo y sonoro piano, se lanza Pascualito á los pies de la Marquesita que, brillando con luz propia, encontrábase presidiendo el baile en un sillón blasonado; le besa su mano efusivo, estuoso, mientras que ella, al advertirse de su sencillez y candor aprisionados en el semblante expresivo y delicado, se incorpora y le abraza, estampándole un beso en su ardiente mejilla.. beso penetrante, dulce.. pero amargo recuerdo súrgele la imagen de Margarita llorando en la cabecera de su lecho, como Graziela á orillas de la mar sonora, recuerdo que le hace evaporar el beso que se refrigerara en su alma sintiendo una frialdad grande.. inmensa...

Rafael Alemany Vidal

(Publicado en *El Correo* de Alicante, núm. 3.215)



¡DESTRONADA! ❧

Fragmento de un primer reinado

DÓNDE es ida. .? — se preguntan unos á otros, ora con desolación, ora con extrañeza, y siempre con la incertidumbre y el misterio que emplean los cofrades de religiones secretas, temiendo grandemente la coerción de las disidentes sublevadas, que son las más. Mayordomos y escuyceres, pajes y

azafatas, rodean el Alcázar de piedra, cuyos fuertes muros no supieron resistir los embates de hierro y metralla. La ciudad sembrada de cadáveres, y envuelta en la densa nube del luto y del horror, tras de cesada lucha en irreparable paz, aclama victoriosa la coronación del nuevo rey.

¡Aberración de la gente de la comarca; abdicar del reinado á la joven y bondadosa soberana, para elevar al trono un hijo bastardo!

El derecho de la multitud sobrepujando al derecho divino, que aquel en su falible fallo considera digno al impuesto sucesor.

Por esta vez no ha sido la voz del pueblo la de Dios.

Y la destronada reina, pasó la frontera del pueblo que fué suyo, llevando la amargura en su virginal corazón, y el destierro, por Oriente. Corrió luego, ciudades desconocidas, fugitiva y errante, para salvarse de las iras de casi toda una raza.

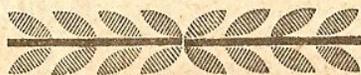
¡Pobre reina! En la lozanía de su juventud, cuando anhelaba ver convertido á su país en una Arcadia, engendrando una nueva era de paz y de amor.

Allá, en la corte, quedaron sus despojos; cuando el falso libertador erigido, huelle con su altiva planta las gradas del trono, ha de encontrar tendida la túnica de piel que usara su desafortunada antecesora.

Y el cetro refulgente que sostuvieron manos blancas y hermosas, será oprimido con soberbia por quien llevando un cúmulo de ideas negras, creídas de libertad por un pueblo ignorante, sabrá sojuzgarlo tiránicamente, mintiendo el poder de animoso libertador. ¡La ignorancia! Principio eterno de todos los males, raíz infalible de miseria y de esclavitud, que ante sus influjos malignos se emponzoñan espíritus y se destruyen ciudades.

Rafael Alemany Vidal

(Publicado en la revista *Iris* de Alicante, núm. 8)



LAS ENFERMITAS



I.

TENGO friol... — dijo Eulalita con voz dulcísima y triste á su buena mamá que, solícita y cariñosa, mantenía entre sus rodillas y sus brazos aquella tierna planta de sus amores, que cual azucena tronchada, escondía su cabecita blonda y su carita de albura, en el regazo materno. Verdad es que

afuera llovía desmesuradamente y los antuviones del ventisco, hacia temblar las vidrieras de las puertas que cerraban el balcón en la lujosa estancia; pero la niña, más que frío sentía honda tristeza en su corazoncito que la fiebre cruel saciaba atarazar. — ¿Cuándo estaré buena? — pensaba. . y las caricias de su apenada madre no eran bastante á consolar su pensamiento. La tarde continuaba glacial y anublada. En el foro del salón ante la puerta de entrada cubierta por cortinajes de Damasco, se presenta el fámulo, que después de anunciar la visita del reverendo abad, se retira para dejar paso al anciano eclesiástico, que trabajosamente penetra en el aposento afianzando sus vacilantes pasos en un báculo, cuya contera, revestida de goma impide resbale. La enfermita, al verle, demuda levemente su extenuado semblante, con una sonrisa angélica de gratitud y sumisión. La madre, también le colma, agradecida, el interés del decrepito señor en la enfermedad de su hijita; los fervientes votos por su pronta eutenia, los halagos incesantes. . . «Hoy precisamente dice acomodándose en mullido sillón blasonado el objeto de mi visita se reduce á algo más que mostraros mi estima, vengo á cumplir un sagrado deber de justicia que me ha delegado el señor inspector de las escuelas.

Ayer fué la repartición de los premios entre los discípulos que los merecieron en los exámenes que yo presencié en compañía integrante que formo del Tribunal. Sabíamos la imposibilidad que asiste á Eulalita de concurrir al solemnisimo acto de recoger el premio merecido por su aplicación y aprovechamiento, y naturalmente no la citamos. Bastaba solo saberlo, para acrecentar su tristeza de no poder asistir. Pero no te apenes por ello, que yo, á pesar del mal tiempo que amenaza á la tarde, me he brindado á traértelo. He lo aquí.» — Y su mano enjuta y venosa entregó, á la linda parvulita enferma, un precioso rosario formado con cuentas de abalorio y cruces de plata. En el estuche portador de tan valiosa presea religiosa, como dedicatoria, con letras incrustadas en seda, se leía: «Premio á la bonísima niña que tan inequívocamente supo decir las Obras de Misericordia.» — Sí; la niña las estudió en el catecismo católico; sábelas de memoria y repite invariablemente: primera, *visitar á los enfermos*; segunda, etcétera.

Poco después de la visita se escucha el rodar del carruaje en el que se marcha el reverendo abad. La lluvia cesa. La madre besa á Eulalita con

11-20787
un ósculo ternísimo, su chasquido prolongado tiene algo de divino y de sacratísimo... es beso de madre. La lumbre tenuísima de un sol pálido hiere con irisaciones de luz los abalorios de tan valiosa presea religiosa...

II

Han transcurrido tres hebdómadas. La linda niña, de cabellos blondos, vive salud y alegría infantil. La primavera florida que sonrío, ofrece sus encantos con magnificencia, ubérrima de luz, color y fragancia. Eulalita, marcha á paseo; á recrear su vista por la galana campiña, á respirar el purísimo aire de vida. En su cestito lleva merienda y flores. Sus cariñosos padres la siguen gozosos también como ella. Las volubles mariposas, con sus alas de tul, se detienen á intervalos en las ramitas que sostienen florecillas campestres aromáticas,

A poco trecho del camino, en travesía con una senda, aparece ama Virtudes, vieja servidora, amante de prodigar todos sus cuidados á Eulalita. Anda con parsimonia, y al salirles al encuentro, se detiene, con voz pausada dice: «Avemaría vengo del abajadero San José, he asistido á casa mi hija, tengo la nietecita enferma... ¡viruela! ¡pobrecita!» — Y de sus ojos amortiguados, salieron dos frías lágrimas que rodaron lentas por sus huesosos pómulos. Y, Eulalita, contristada también por la enfermedad de su queridísima amiguita exclama: «Yo quiero ir á verla, acompañadme».

Y la madre, temerosa del rápido contagio de tan funesta enfermedad, se esfuerza en disiparle tan peligrosa idea y distraer su voluntad. Ama Virtudes se aleja. El padre asiente en idéntico propósito de no llevarla, mientras que Eulalita, en serena concepción de su tierno cerebro, evoca la primera obra de misericordia, *visitar á los enfermos*, que tan fastuosamente le premiaron al decirla, y ahora tan irrevocablemente le prohíben ejecutarla.

Rafael Alemany Vidal

(Publicado en *Eco de Levante* de Alicante, núm. 325)

FIN



PRECIO:
TREINTA CÉNTIMOS DE PESETA